

El amor

Las prioridades del amor

David Roper

Hasta ahora, en esta serie sobre el amor, hemos estado tratando de definir el amor, y tratando de descubrir la naturaleza del amor del cual estamos hablando. Ahora deseamos dirigir nuestra atención, en varias lecciones que siguen, a la *dirección* del amor: ¿A quién debemos amar? ¿Cómo se expresa el amor en las diferentes relaciones de la vida?

La primera lección en que se hará este nuevo énfasis, será «Las prioridades del amor». El texto de estudio será Mateo 22.34–40. Antes de ocuparnos de ello, no obstante, necesitamos comentar brevemente la palabra «prioridades».

Las prioridades nos plantean un importante problema. A muchos nos resulta difícil elegir entre lo bueno y lo malo. Pero para algunos de nosotros el problema más apremiante tiene que ver con la elección entre lo bueno, lo mejor y lo óptimo. Nos resulta difícil fijar un orden de prioridades en nuestra vida.

PRIORIDADES BÍBLICAS

No resolverá automáticamente todo problema, pero puede que ayude el saber que la Biblia habla de prioridades —aun en cuanto a lo que tiene que ver con mandamientos. Preste atención por un momento al uso que hace la Biblia de términos comparativos y superlativos. En Mateo 5.19, Jesús habla de «uno de estos mandamientos muy pequeños». Mateo 23.23 se refiere a «lo más importante de la ley». En Mateo 6.33 se nos manda «buscar primeramente el reino de Dios y su justicia». En la sección de su epístola que trata sobre los dones milagrosos (1^{era} Corintios 12–14), Pablo compara los dones, y dice que algunos son mejores y más grandes que otros, pero señala claramente que el amor es «el camino más excelente».

Permítame ilustrar el asunto de las prioridades bíblicas: Nuestro cuerpo es el templo de Dios (1^{era} Corintios 6.19–20). Debemos cuidar de nuestro cuerpo; no debemos mancillarlo. No debemos destruirlo (1^{era} Corintios 3.16–17).¹ Nuestro cuerpo es instrumento que ha de ser usado en el servicio a Dios; ha de ser presentado en sacrificio vivo y santo a Dios (Romanos 12.1). Necesitamos cuidar de este precioso instrumento.

Pero consideremos a Cristo y la cruz. Jesús tenía elección en cuanto a ser crucificado o no serlo. Podía haber pedido doce legiones de ángeles que le salvaran (Mateo 26.53). De modo que clamamos: «¡No vayas, Jesús! Si vas a la cruz, Tu cuerpo será destruido... ¡y el cuerpo es el templo de Dios!». Pero lo que Jesús hizo en la cruz tuvo prioridad sobre lo que dicen las leyes en cuanto al cuerpo.

Podemos imaginar situaciones parecidas en nuestra vida. Considere la madre que se desvela toda la noche, cuidando de su hijo que está muy enfermo. Tal desvelo le causa gran daño a su cuerpo, pero las leyes del amor tienen prioridad. O, considere al amoroso ganador de almas que pasada la medianoche no se ha ido a dormir y está enseñando a alguien, porque ha hallado un alma que tiene hambre y sed de justicia. Lo anterior no significa que las enseñanzas de Dios sobre el cuidado del cuerpo puedan ser pasadas por alto por cualquier razón; sólo estamos diciendo que dadas ciertas circunstancias, otras cosas pueden tener prioridad sobre tales leyes.

¹ Hay quienes creen que esta referencia en particular tiene que ver con el cuerpo espiritual, es decir, con la iglesia (Efesios 1.22–23). Sin embargo, aun si así fuera, el pasaje todavía enseña por comparación, que no debemos destruir el cuerpo material.

He aquí otra ilustración: Los hijos deben obedecer a sus padres (Efesios 6.1–3). Las esposas deben obedecer a sus esposos (Efesios 5.22). Nosotros debemos obedecer las leyes de la tierra (Romanos 13.1ss). Pero, ¿qué hacemos si alguna de estas «autoridades» nos manda desobedecer a Dios? Si esto llegara a suceder, entran en juego las prioridades. Pedro dice que debemos «obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hechos 5.29).

No deseo que me malentienda. Permítame agregar brevemente que no estoy diciendo que no es importante obedecer los que nos pueden parecer mandamientos «muy pequeños». Algunos de los pasajes que ya mencionamos resuelven este asunto:

De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos (Mateo 5.19).

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque diezmaís la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. *Esto era necesario hacer*, sin dejar de hacer aquello (Mateo 23.23; énfasis nuestro).

Tampoco estoy diciendo que *nosotros* estamos en condiciones de determinar cuál mandamiento es «muy pequeño», y cuál, «más importante» cuando la Biblia no lo llame así. El tratar de hacer esto es arrogarnos decisiones que sólo Dios está en Su derecho de tomar. Este fue un error que los judíos cometieron, cuando decidieron que la consagrada tradición del «corbán» era más importante que la ley de Dios sobre cuidar de los padres de uno (Mateo 15.3–6). Por otro lado, lo que sí estoy diciendo es que la *Biblia* misma señala algunas prioridades.

Lo anterior es más cierto aun en lo que concierne al tema del amor.

Para ilustrar: La Biblia subraya que es muy importante amar a nuestros padres (2ª Timoteo 3.3 habla acerca de los que carecen de «afecto natural»). Es importante que los esposos amen a sus esposas (Efesios 5.25, 28, 33). Es importante que los padres amen a sus hijos (Tito 2.4). Sin embargo, preste atención a las palabras que Jesús dice en Mateo 10.34–38:

No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa. El

que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí.

Jesús no está diciendo que no deberíamos amar a nuestros familiares, sino que si los deseos de nuestra familia llegan a entrar en conflicto con los de Jesús, debemos amar a Jesús más. El relato que hace Lucas de la misma enseñanza es aun más sorprendente:

Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo (Lucas 14.26–27).

En el anterior pasaje, Jesús usa la palabra «aborrecer» en el sentido comparativo. Debemos amar a Jesús tanto que, en comparación, el amor por nuestra familia es como el aborrecimiento.

¡Estamos hablando de prioridades!

LAS PRIORIDADES DE JESÚS

Ahora sí estamos preparados para lo que dice Mateo 22. Es el martes anterior a la crucifixión de Jesús, que ocurrió el viernes. A veces, a este martes se le refiere como «el gran día de las preguntas». Jesús está en Jerusalén, en el templo, y Sus enemigos están tratando por todos los medios de atraparlo con sus propias palabras. Comencemos con el versículo 34: «Entonces los fariseos, oyendo que había hecho callar a los saduceos, se juntaron a una». La palabra griega que se traduce por «hacer callar» significaba literalmente: «Poner bozal», tal como uno haría con un perro feroz.

Los fariseos debieron de haber tenido sentimientos encontrados. Estaban encantados de ver que sus enemigos, los saduceos, habían sido derrotados, pero al mismo tiempo deseaban ver a Jesús también derrotado. Deciden probar una vez más. Si tienen éxito esta vez, habrán triunfado no sólo sobre Jesús, sino también sobre los saduceos. Pusieron al más indicado, a un intérprete de la ley, a plantearle una pregunta a Jesús. En aquellos tiempos, un intérprete de la ley no era un especialista en la ley civil como hoy día, sino un experto en la ley religiosa, concretamente, en la ley de Moisés. En el relato que hace Marcos de este mismo episodio, se le llama escriba.

De modo que los fariseos ponen a este experto a igualarse con Jesús. Quieren hacer lo mejor que pueden. «Y uno de ellos, intérprete de la ley, preguntó por tentarle, diciendo: Maestro: ¿cuál es

el gran mandamiento en la ley?» (Mateo 22.35–36).

Para apreciar la anterior pregunta, es necesario conocer algo del ambiente histórico. Los escribas habían tratado de contar las leyes del Antiguo Testamento. Los totales variaban. Algunos decían que había 485; otros, que más de 600. Pero todos coincidían en que el total andaba por los centenares. Esto hacía que muchos se llevaran las manos a la cabeza diciendo: «¿Habrà quién sea capaz de guardar todas esas leyes?!». Entonces se les ocurrió la idea de dividir la ley en grandes y pequeños mandamientos, argumentando que con guardar los más grandes, ellos iban a estar bien. Algunos llevaron la idea más al extremo diciendo: «Si podemos determinar cuál es el *gran* mandamiento y guardarlo, no importará mucho si guardamos los demás o no». El problema era que no podían ponerse de acuerdo sobre cuál era ese «gran» mandamiento. Había quienes creían que lo constituían los sacrificios. Otros creían que era llevar filacterias; otros decían que tenía que ver con los mandamientos relacionados con la purificación, las fiestas solemnes; el día de reposo o lo sagrado de la vida humana. Uno supondría que cualquier respuesta que diera Jesús, lo pondría en desacuerdo con la mayoría de los maestros religiosos.

Jesús respondió: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento» (Mateo 22.37–38). En el relato que hace Marcos, se agregan varias palabras a la primera parte de la respuesta: «El primer mandamiento de todos es: Oye, Israel; el Señor nuestro Dios, el Señor uno es. Y amarás [...]» (Marcos 12.29–30). Las palabras que Jesús dijo, eran bien conocidas para todos los judíos. Se encuentran en Deuteronomio 6.4–9, inmediatamente después de donde se dieron por segunda vez los Diez Mandamientos:

Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas.

Estas palabras se conocen como «el Shema», que es la primera palabra del pasaje (la palabra hebrea que se traduce por «oye»), y se usaban al comienzo de todo servicio, fiesta y ceremonia

judíos. Se repetían una y otra vez. Eran palabras con las que estaban familiarizados todos los judíos fieles.

Por ejemplo, anteriormente en el ministerio de Jesús, otro intérprete de la ley se le había acercado, también para probarlo, el cual le preguntó: «Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna?» (Lucas 10.25). En lugar de responder, Jesús le hizo una pregunta: «¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?» (vers.º 26). El intérprete de la ley respondió: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo» (vers.º 27). Jesús dijo: «Bien has respondido; haz esto, y vivirás» (vers.º 28).

Volviendo a Mateo 22, Jesús dice que tales palabras tan conocidas constituían «el primero y grande mandamiento». Era *grande* porque el mandamiento de amar a Dios es el fundamento de toda la ley de Dios, y *primero* porque en cierto sentido este mandamiento abarca todos los demás mandamientos de Dios.

Jesús respondió correctamente la pregunta del intérprete de la ley, pero agregó a la respuesta. No le habían preguntado cuál era el segundo mandamiento, pero se los dijo de todos modos: «Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los profetas» (vers.ºs 39–40).

El «segundo mandamiento» de Jesús también fue tomado de un pasaje del Antiguo Testamento, de Levítico 19.18: «No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo Jehová». Este pasaje era menos conocido que Deuteronomio 6, pero todavía era bien conocido por los expertos en la ley, tal como vimos en Lucas 10.

Marcos hace un relato detallado del resultado que obtuvo la respuesta dada por Jesús:

Entonces el escriba le dijo: Bien, Maestro, verdad has dicho, que uno es Dios, y no hay otro fuera de él; y el amarle con todo el corazón, con todo el entendimiento, con toda el alma, y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo, es más que todos los holocaustos y sacrificios. Jesús entonces, viendo que había respondido sabiamente, le dijo: No estás lejos del reino de Dios (Marcos 12.32–34).

Los enemigos de Jesús se quedaron sin palabras. Jesús entonces *les* hizo varias preguntas (Mateo 22.41–45). El versículo 46 dice: «Y nadie le podía responder palabra; ni osó alguno desde aquel día preguntarle más». Jesús había ganado la contienda.

LAS PRIORIDADES DEL AMOR

Con la anterior información sirviendo de ambiente histórico, analicemos más detenidamente Mateo 22.37–39. Note otra vez las prioridades del amor:

1) *Al Señor tu Dios* (vers.^{os} 37–38). Jesús dice que esta es la máxima prioridad.

2) *A tu prójimo* (vers.^o 39). Jesús dice que esta es la prioridad que ocupa el segundo lugar. Y, por deducción:

3) *A ti mismo* (vers.^o 39). Es importante aclarar que no es que este sea el tercer mandamiento, aunque hay quienes parecen creer que sí lo es. Sólo hay dos mandamientos en el pasaje, no hay tres. Este es uno que más o menos se da por sentado, pero todavía está allí, por eso lo pusimos en tercer lugar.

Piense en un blanco con círculos concéntricos (un pequeño círculo en el centro, con círculos más grandes alrededor de éste). Al círculo exterior se le señala con una etiqueta que dice: «A ti mismo». Más cerca del centro, está el círculo que se señala con una etiqueta que dice: «A tu prójimo». ¡Pero el círculo central se identifica con la frase: «Al Señor tu Dios»!

No se trata de tres amores que se excluyan mutuamente. Necesariamente se superponen. Note el texto: «El segundo es *semejante* [al primero]», y «Amarás a tu prójimo *como* a ti mismo» (Mateo 22.39; énfasis nuestro). Recuerde el punto de lo que dice 1^{era} Juan 4.20–21:

Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano.

Sin embargo, Jesús siempre fija un orden de prioridades en Mateo 22.37–39, y esta es la idea clave de esta lección.

La lección que sigue tratará sobre las posiciones dos y tres de la lista de prioridades. El estudio que sigue será sobre el «Amor a sí mismo que no es egoísmo». Es una línea muy difusa la que separa a los dos anteriores, y es importante que tratemos de definirla. Después tendremos varias lecciones sobre el amor a los demás: Nuestro prójimo, nuestros enemigos, la persona con quien pensemos casarnos, la persona con quien estemos casados, los que están en la iglesia. Pero en lo que resta del día de hoy, deseo hacer hincapié en que la máxima prioridad de nuestras vidas es amar a *Dios* con todo nuestro ser.

LA MÁXIMA PRIORIDAD

El amar a Dios con todo nuestro ser es el punto de partida de nuestro amor, el fundamento y la esencia de todo ello. En 2^a Corintios 5.14, Pablo dice: «El amor de Cristo nos constriñe».

Es lo que le da sentido y validez a todas las demás expresiones del amor. El autor y orador Thomas Warren escribió un libro titulado *El matrimonio es para los que aman a Dios y se aman el uno al otro*. Muchos estudios han demostrado que los matrimonios más felices y duraderos son aquellos en los que los dos andan juntos en su vida religiosa, no sólo unidos de corazón y de cuerpo, sino también de espíritu. «Big Don» Williams, que se ha pasado toda su vida trabajando con jóvenes, les dice a éstos que si han de tener citas verdaderamente agradables, siempre habrá necesidad de la presencia de tres en la cita: Ellos mismos, su cita y Dios.

La perfección de este amor por Dios se ve en las frases que Jesús usa para describirlo. El relato de Mateo da una división triple: Uno ha de amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente. El relato de Marcos en realidad dice lo mismo, pero da una cuádruple división. Menciona el corazón, el alma, la mente y luego agrega: «con todas tus fuerzas».

Las anteriores potencias expresan la totalidad del hombre. La mente es la parte pensante del hombre, la parte con que razonamos y hacemos planes. El corazón, en este contexto, se refiere a la parte emocional. Nuestro amor por Dios no ha de ser frío ni calculador; tiene su faceta emocional. La mente y el corazón deben armonizar. Las fuerzas abarcan las energías de uno —y el tiempo y los talentos. Dios nos dio todos los anteriores, y debemos dedicárselos a Él. El alma puede referirse a la parte inmortal del hombre, o a la vida de uno en su totalidad. De todos modos, el énfasis es sobre la totalidad del hombre. Todo nuestro ser ha de verse envuelto en nuestro amor a Dios.

La palabra clave es «todo»: *Todo* nuestro corazón, alma, mente y fuerzas. Otros amores tienen palabras que los califican y los restringen, pero no así nuestro amor a Dios. No se le debe calificar ni restringir. Como hicimos notar anteriormente, algunos de los judíos de los tiempos de Jesús querían obedecer un mandamiento, el «gran» mandamiento, cualquiera que éste fuera. ¡Pero Jesús dice que el gran mandamiento consiste en que uno se entregue totalmente al Señor!

Que no se quede sin hacer notar que Mateo 22 hace hincapié en que el amor a Dios no es solamente un sentimiento cálido para con el Todopoderoso.

Es práctico. Se expresa en nuestros pensamientos, en nuestras acciones y en cada instante de nuestra vida. Necesitamos hacer notar también que el amor a Dios abarca todo lo que se relaciona con Dios. El amor a Dios abarca obviamente nuestro amor a Jesús. El amor a Dios incluye nuestro amor a la iglesia. Jesús ama la iglesia (Efesios 5.25); e igual debemos amarla nosotros. El reino, que es lo mismo que la iglesia, debe ser primero en nuestras vidas (Mateo 6.33).

Además, el amor a Dios incluye el amor a la Palabra de Dios, es decir, a la Biblia. Segunda Tesalonicenses 2.10ss, dice cuán importante es tener el «amor de la verdad». Y el amor de la verdad significa que desearemos con todo nuestro corazón obedecer esa verdad. Hay varios versículos que deben grabarse en nuestros corazones permanentemente. En Juan 14.15, Jesús dice: «Si me amáis, guardad mis mandamientos». En 1^{era} Juan 5.3, el apóstol subraya: «Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos».

Si podemos aprender la prioridad que consiste en poner a Dios primero en nuestro amor, ello puede hacer que muchas cosas ocupen el lugar que les corresponde.

Yo amo a mi familia, a mis amigos y a otros, pero ninguno de los anteriores puede ser más importante que Dios. El amor procura lo mejor para los seres amados, y lo mejor que puedo hacer por los que amo, es ser buen ejemplo para ellos, es decir, mostrarles que yo amo al Señor de verdad.

Está por ejemplo, el asunto práctico que tiene que ver con congregarse (Hebreos 10.25). Si su cónyuge no es cristiano, y él o ella sugieren que usted falte al culto, la respuesta deberá ser: «Te amo. Te amo más de lo que jamás imaginas. Pero amo más al Señor. Y Él me ha pedido que esté presente cuando los santos se congregan». Lo anterior es «procurar lo mejor» para su cónyuge, pues él o ella jamás serán ganados para el Señor, por una entrega a medias de parte suya.

Si nuestros hijos desean jugar pelota, ir al ensayo de teatro o hacer una serie de actividades el miércoles por la noche, en lugar de asistir al servicio de mitad de semana, debemos decir: «Sé que es muy importante para ti participar, y que tú deseas complacer a tus compañeros de clase, y a tu dirigente, pero como padre tuyo que soy, es mi responsabilidad enseñarte a poner a Dios y sus caminos en primer lugar. Te amo demasiado para dejar que pongas a Dios en segundo lugar».

En la época anterior al aparato de vídeo, Patti Page tenía su propio programa de televisión. A sus

padres, que eran miembros de la iglesia, se les preguntó si estaban orgullosos del programa de su hija. «No sabemos, —dijeron— nunca lo hemos visto». El programa se transmitía los miércoles por la noche.

O también está el asunto de viajar durante los días de vacaciones y otros tiempos. Si realmente amamos al Señor, averiguaremos dónde se reúne el pueblo de Dios y estaremos con ellos durante el estudio bíblico y la adoración.

Creo que el principio del amor a Dios con todo nuestro ser, puede incluso afectar la decisión que uno tome en cuanto a algún empleo, en el que tendría que trabajar durante las horas de culto. Sí, yo sé que los actuales son tiempos difíciles en lo financiero, y que todo cristiano tiene que vérselas con este problema que es de cada uno en particular. Sé que es difícil cuando uno es la persona responsable de darle sustento a su familia. Pero a mí me preocupa mucho lo que les estamos enseñando a nuestros hijos. Cada vez veo más y más jóvenes, que cuando alcanzan edad suficiente para obtener un empleo, no muestran gran interés en saber si su trabajo afectará su asistencia o no. Estos jóvenes *no* trabajan para dar sustento a una familia. Muchos, o la mayoría, trabajan para gastar, para combustible o para pagar un automóvil.

¿Estoy siendo poco razonable? ¿Estoy pidiendo mucho? No lo creo; no, si entendemos ¡cuánto nos ha amado y nos ama Dios!

CONCLUSIÓN

Prioridades. ¡Qué gran palabra es ésta! ¡Qué gran prueba es poner nuestras prioridades en orden! ¿Cómo puedo pasar esta prueba? Ponga a Dios en *primer* lugar, y luego deje que *Él* decida el lugar que debe ocupar todo lo demás. Por favor, no se olvide de esto a medida que abordamos las lecciones que siguen. Se exprese o no, esta será siempre la perspectiva desde la cual partimos.

Permítame animarlo a obedecer a Su Señor. A fin de cuentas, la obediencia es un problema de amor. Si yo no obedezco a Dios, Dios no está en primer lugar en mi corazón; no lo amo lo suficiente. Puede que ame más mi estilo de vida... o mi imagen de mí mismo... o mis amigos... o mi familia... u otra cosa. Necesitamos poner a Dios en *primer* lugar.

Sin embargo, puede que pregunte usted: «¿Por qué debería responder a su invitación? En realidad no soy tan malo». No deseo ser severo, pero sí deseo ser claro. Si usted necesita responder y no lo hace, ¡usted es el «primero y grande» pecador! Después de todo, si el primero y grande

mandamiento es amar a Dios con todo el corazón, el alma, la mente y las fuerzas de uno, el primero y grande pecado debe de ser el no amar a Dios con todo el corazón, el alma, la mente y las fuerzas de uno. ¿Ama realmente usted a Dios con todo su ser? ■

NOTAS SOBRE MEDIOS VISUALES

En vista de que el propósito primordial de esta lección es determinar las prioridades de Mateo

22.37–39, no puse sobre la pizarra magnética todas las divisiones que se muestran en esta lección. En la parte superior de la pizarra puse la frase «Las prioridades del amor» y la expresión «Mateo 22.34–40» inmediatamente debajo de ésta. Usé las anteriores expresiones para hablar acerca de las prioridades bíblicas, y para narrar el relato de Mateo 22. Luego en el centro de la pizarra puse los siguientes puntos sobre tres líneas: «1. Al Señor tu Dios»; «2. A tu prójimo»; «3. A ti mismo». La última parte de la lección se centró en «1. Al Señor tu Dios».

Aplicación de la Escritura a la vida

Las abuelas

A una niña de ocho años que era muy perspicaz, le preguntaron qué era una abuela, y esto fue lo que respondió:

«Una abuela es una señora que no tiene hijos pequeños que sean propios de ella. Le gustan los de otras personas. Un abuelo es una abuela hombre.

«Las abuelas no tienen nada que hacer, excepto estar allí. Son viejas, por lo tanto no deben jugar ni correr duro. Basta con que manejen y nos lleven a la tienda y tengan muchas monedas de diez centavos a mano. Cuando nos llevan a caminar, pasan despacio delante de cosas como hojas bonitas y orugas. Nunca le dicen a una que se apure.

«Por lo general, las abuelas son gordas, pero no demasiado, para no poder amarrarte los cordones de tus zapatos. Usan gafas y ropa interior graciosa. Pueden quitarse sus dientes y sus encías. Las abuelas no tienen que ser inteligentes, sólo deben responder preguntas como “¿Por qué Dios no se casa?” y “¿Por qué los perros persiguen a los gatos?”. Cuando nos leen de un libro, no se saltan historias ni les importa que una les pida que le cuenten la misma historia otra vez.

«Todo mundo debería tratar de tener una abuela, especialmente si no tiene televisión, porque ellas son las únicas personas adultas que disponen de tiempo.»

La palabra eterna

Hace muchos años, Voltaire, el declarado ateo, dijo: «Dentro de cincuenta años, el mundo no oír más de la Biblia». Irónicamente, el año en que murió, el Museo Británico pagó \$500.000 por un antiguo ejemplar de las Escrituras, mientras que la primera edición de las obras de Voltaire se vendía

en una librería local por menos de ocho centavos el ejemplar. Su casa fue vendida a la Sociedad Bíblica de Ginebra.

No se olvide de la humildad

Benjamín Franklin elaboró un conjunto de disciplinas que él esperaba que le ayudarían a obtener la perfección moral. Hizo una lista de doce virtudes que consideraba esenciales para alcanzar la vida buena. Marcó cada página con siete líneas. Diariamente valoraba y tomaba nota de su comportamiento. Durante una conversación, Franklin le habló de su perfil de excelencia a un viejo cuáquero, que calladamente le informó que había omitido la virtud de la humildad.

Esperanza para el mañana

Un padre le prometió a su hijo de ocho años un fin de semana de vacaciones. Iban a ir juntos a un lugar muy especial. La noche antes de salir, el niño se acercó a su padre y se sentó emocionado sobre su regazo. Lo miró y le dijo con ojos chispeantes: «Papá, gracias por mañana».

El mejor amigo

Henry Ford cambió la vida económica de los Estados Unidos con su producción de automóviles y sus prácticas de empleo. Fue el primer empleador en la historia de los Estados Unidos en pagar un salario de cinco dólares por día. Un día, que un joven vino a visitarlo, el gran industrial lo miró a los ojos, después tomó un trozo de papel y escribió la siguiente pregunta: «¿Quién es tu mejor amigo?». El mismo Ford la respondió diciendo: «Tu mejor amigo es aquel o aquella que te ayuda a sacar lo mejor que hay dentro de ti».